

ISSN: 0213-2060

RELATO Y DISCURSO EN LOS ORÍGENES DEL REINO ASTURLEONÉS

Story and Discourse in the Origins of the Kingdom of Asturias and León

Arsenio DACOSTA

*Centro Asociado de Zamora. Universidad Nacional de Educación a Distancia. C/ San Francisco, 5. 49500
ALCAÑICES (Zamora). Correo-e: arsenio@comuneros54.com*

BIBLID [0213-2060(2004)22;153-168]

RESUMEN: El presente trabajo trata de analizar el relato de Pelayo en su contexto. Volviendo sobre el texto y sobre el discurso que genera el relato, se analiza su estructura íntima y la correlación e interdependencia de sus elementos. Aparte de revisar la estructura épica del mismo, se ahondará en la noción de arquetipo y en su papel como imagen política al filo del año 900.

Palabras clave: Reino asturleonés. Siglos VIII-IX. Pelayo. Héroe. Épica. Relato. Discurso. Arquetipo. Milenarismo. Alteridad.

ABSTRACT: This work attempts at analysing the story of Pelayo in its context. Going back to the text and the discourse generated by the story, an analysis is undertaken about its inner structure and the correlation and interdependence of its elements. Apart from revising its epic structure, there is an in-depth study of the archetype notion and its role in political image around the year 900.

Keywords: Kingdom of Asturias and León. 8th-9th centuries. Pelayo. Hero. Epic. Story. Discourse. Archetype. Millenarianism. Alterity.

SUMARIO: 1. Relatos y discursos. 2. Estrategias de análisis. 2.1. Perspectiva diacrónica. 2.2. Perspectiva "sincrónica". 3. Reflexión final: símbolos, tiempo histórico y milenarismo político.

Es así como un texto acaba divagando. En la bruma que transforma el espacio y el tiempo, nacen los mitos (Umberto Eco).

1. RELATOS Y DISCURSOS

En el prólogo del *Fuero General de Navarra* se encuentra una peculiar versión del relato de la “perdición de Espayna por grant trayción”. Esta tardía versión de lo que Menéndez Pidal definió como *La Pérdida de España* presenta una agregación de motivos y leyendas de origen mozárabe (la del “rey forzador”, esto es, don Rodrigo), de origen asturiano (la del sepulcro de don Rodrigo) y de origen navarro. El texto abunda en el tema reclamando el arquetipo de colaboracionista con el Islam bajo el nombre del “rey Yetiçano”. Sin embargo, lo más llamativo de este texto navarro bajo-medieval es que, si bien menciona a Pelayo como primer héroe de la “Reconquista”, omite cualquier mención a las dinastías fundadoras del Reino de Pamplona, esto es, los Aristas y los Jimenos. La paradoja se completa con la enumeración de los núcleos de resistencia cristiana en el norte de la Península, de Galicia a Sobrarbe¹. Curiosamente este argumento, el de la pluralidad de focos de resistencia, es el que hoy sostiene toda la historiografía española acerca de los primeros momentos de la llamada “Reconquista”, en oposición a la tesis tradicional fundamentada en la cronística alto-medieval, según la cual el origen de dicho proceso histórico estaría en Asturias.

Aparte de ilustrar los procesos de circunstanciación de los relatos legendarios, este testimonio nos sirve de pretexto para llamar la atención acerca del problema planteado entre los textos históricos (como discursos) y los análisis historiográficos (como metadiscursos)². De hecho, bajo el nombre de “giro lingüístico de la Historia”, estamos asistiendo a un debate acerca de la necesidad de redefinir algunos de los aparatos conceptuales y metodológicos de la historiografía en función de los problemas que surgen de la dialéctica entre Historia y Lenguaje³. El relato de los orígenes de la monarquía asturleonera, que tiene en Pelayo su núcleo narrativo, es el objeto del presente trabajo. En él se intenta minimizar el perverso efecto del metadiscurso historiográfico sobre el discurso histórico propiamente dicho, efecto que provoca la virtual anulación del segundo. Esto es, lo que según mi punto de vista, ocurre con el relato de Pelayo a diferencia de lo que veíamos en la versión sintética que, del mismo motivo, nos daba el *Fuero General de Navarra*. El relato de Pelayo, desde la fecha de su elaboración (fines del siglo IX), ha venido siendo considerado como un discurso

¹ Cito por la edición de UTRILLA, Juan F. *El Fuero General de Navarra. Estudio y edición de las redacciones protosistemáticas (Series A y B)*. Pamplona, 1987, vol. I, pp. 151-152.

² El concepto de “circunstanciación” lo tomo de CARO BAROJA, Julio. *De arquetipos y leyendas. Dos tratados introductorios*. Madrid, 1989.

³ Un estado de la cuestión en BURDIEL, Isabel y ROMEO, María Cruz. “Historia y lenguaje: la vuelta al relato dos décadas después”. *Hispania*, 1996, vol. 192, pp. 333-346.

histórico e incluso historiográfico. Los historiadores, en general, han admitido esta premisa, planteando los análisis correspondientes como actualizaciones discursivas, situando en planos equivalentes discurso y metadiscurso. Así, apenas se ha valorado el problema de la narratividad en las crónicas asturianas, entendido éste como impulso de representar la realidad; impulso que, al fracasar en su intento, recurre a la moralización⁴. Incluyendo al que esto escribe, en nuestros días se ha defendido este esquema analítico cuando es evidente que está absolutamente agotado. Se citan autoridades y se reiteran argumentos metadiscursivos mientras los niveles discursivos del relato pelagiano permanecen ocultos.

En el caso que nos ocupa, son algunos investigadores de la literatura medieval –Menéndez Pidal, Díaz y Díaz, y, más recientemente, Georges Martin– quienes, al margen de los historiadores, plantean una perspectiva distinta bajo la cual el relato de los orígenes de la monarquía asturleonera se presenta, ante todo, como un texto de naturaleza literaria. Dentro de esta tradición, la última edición de las crónicas asturianas –textos en los que se enmarca el relato de Pelayo– contiene un interesante aparato crítico que analiza el nivel frástico del discurso y se ocupa de la “arqueología” narrativa de los textos⁵. En este sentido, el estudio de Georges Martin sobre la leyenda de los Jueces de Castilla –otro relato de los orígenes– viene a revitalizar esta perspectiva⁶. Por mi parte he revisado los postulados historiográficos retomando la perspectiva literaria del asunto y reuniendo todos los análisis parciales existentes hasta el momento en este dominio. Así, he llegado a la conclusión de que Pelayo es un arquetipo político, lo cual constituye uno de los puntos de partida del presente trabajo⁷. En un trabajo más reciente he intentado comparar las estructuras narrativas del relato pelagiano –que son esencialmente épicas– con las de otro héroe medieval –Jaun Zuria, fundador legendario del señorío de Vizcaya– con el fin de revelar los paralelismos en la construcción de relatos sobre los orígenes políticos de los estados peninsulares⁸. Un próximo trabajo abordará el problema de la identidad y la alteridad entre los asturianos desde la perspectiva de la intertextualidad de las citadas crónicas.

El presente trabajo es, por tanto, la siguiente cuenta de mi propio rosario metadiscursivo y, en él, a través de la adopción de ciertos conceptos propios de la semiótica, trato de arrojar luz sobre algunos problemas que la historiografía o la crítica

⁴ Véanse al respecto las apreciaciones de Hayden WHITE en *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona, 1992, pp. 20 y 38.

⁵ GIL FERNÁNDEZ, Juan. “Introducción”. En *Crónicas Asturianas*. Oviedo, 1985, pp. 45-104.

⁶ MARTIN, Georges. *Les juges de Castille. Mentalités et discours historique dans l’Espagne médiévale*. Paris, 1992. Acerca de la influencia de este estudio en el debate sobre el “giro lingüístico de la Historia”, véase la amplia reseña de ALFONSO ANTÓN, Isabel. “El discurso histórico como historia”. *Hispania*, 1996, vol. 192, pp. 349-363.

⁷ DACOSTA, Arsenio. “¡Pelayo vive! Un arquetipo político en el horizonte ideológico del Reino asturleonés”. *Espacio, Tiempo y Forma. Serie III. Historia Medieval*, 1997, vol. 10, pp. 89-135.

⁸ DACOSTA, Arsenio. “E por otra manera dise la Historia: relatos legendarios sobre los orígenes políticos de Asturias y Vizcaya en la Edad Media”. *BiTARTE*, 1999, vol. 19, pp. 33-50.

literaria, por sí solas, no pueden resolver. En primer lugar, en lo que denomino “perspectiva diacrónica” (en el sentido histórico y literal del término), trataré de acercarme a las cuestiones de la naturaleza del tiempo narrativo en la epopeya de Pelayo y de la coherencia de este discurso en el contexto en el que se enmarca, esto es, las crónicas asturianas del siglo IX. Una segunda perspectiva, ésta “sincrónica”, tratará de revelar los mecanismos narrativos a través de los que es construido el personaje central del relato. Para finalizar, intentaré reflexionar acerca de la naturaleza simbólica de Pelayo, la noción de tiempo histórico en la cronística cristiana altomedieval, y el reflejo que todo ello tiene en la ideología política de la monarquía asturleonense.

Por tanto, este trabajo es un intento de tender puentes hacia otras disciplinas científicas y aprehender parte de su instrumental teórico-metodológico en provecho de mi propia disciplina, la Historia⁹. Un trabajo historiográfico que intenta ser, en palabras de Tzvetan Todorov, una estrategia –más– de interpretación¹⁰. Un trabajo que también quiere ser, como dijo Javier Marías, una (pequeña) *rebelión contra la especialización del saber*, en este caso, el saber histórico¹¹.

2. ESTRATEGIAS DE ANÁLISIS

2.1. *Perspectiva diacrónica*

En este apartado del estudio, voy a intentar dilucidar la secuenciación del relato épico de Pelayo y su engarzamiento en el contexto o discurso general donde se localiza en origen, esto es, en las crónicas asturianas¹². En definitiva, se trata de probar la coherencia interna del relato pelagiano como discurso independiente y como parte de otro que lo enmarca.

Mis últimos trabajos han ido encaminados a poner de manifiesto la naturaleza y la estructura épica del relato pelagiano. Así, he podido establecer una secuencia de hechos en los que Pelayo es protagonista y que comienzan con un precioso motivo, verdadero “origen del origen” en nuestro relato¹³. Éste es lo que se ha venido denominando *Pérdida de España* o memoria legendaria de la conquista islámica de la

⁹ BURDIEL y ROMEO, *ob. cit.*, p. 346.

¹⁰ TODOROV, Tzvetan. *Simbolismo e interpretación*. Caracas, 1992, p. 46.

¹¹ Diario *El País*, jueves 5 de diciembre de 1996.

¹² Por razones de comodidad expositiva omito las referencias concretas a los distintos textos cronísticos asturianos, a saber, la Crónica de Alfonso III (en sus versiones Rotense y A Sebastián), la Crónica Albeldense y el texto conocido como Crónica Profética, incluido en la anterior. La edición más completa y rigurosa es la de GIL FERNÁNDEZ, Juan; MORALEJO, José Luis y RUIZ DE LA PEÑA, Juan Ignacio. *Crónicas Asturianas*. Oviedo, 1985. El mejor conjunto de estudios sobre estas crónicas y su contexto cultural sigue siendo el de DÍAZ Y DÍAZ, Manuel C. *De Isidoro al siglo XI. Ocho estudios sobre la vida literaria peninsular*. Barcelona, 1976. Para lo referente al análisis de los fragmentos narrativos remito a DACOSTA, “¡Pelayo Vive! Un arquetipo...”, pp. 89-135.

¹³ DACOSTA, “¡Pelayo Vive! Un arquetipo...”, pp. 96-98.

Península. Este motivo, presente en toda la historiografía cristiana posterior ya aparece, como vemos, en el siglo IX y, de hecho, su constitución como hecho simbólico parece ser poco posterior a los hechos históricos que refleja. Se ha especulado acerca del impacto mental de dicha *Pérdida* (el suceso histórico) en la población hispana de la época, pero aquí sólo nos ocuparemos del evidente efecto que produce en el personaje legendario que es Pelayo¹⁴. Efectivamente Pelayo, hundido el Reino de Toledo, parte hacia el norte. Situación de opresión previa que contextualiza y motiva al héroe. En este contexto, el rechazo hacia el Otro islámico comienza por ser total, aunque los siguientes pasos del héroe no sean del todo coherentes ni con el citado contexto ni con su motivación inicial. Así, cuando llega a Asturias con su hermana según cierta versión, no es difícil entrever un abierto colaboracionismo con Munuza, gobernador islámico de la región. Pelayo vuelve al sur comisionado por Munuza quien, sirviéndose de este subterfugio, se casa con la hermana. Pelayo vuelve de la misión y se rebela ante la situación al tiempo que recupera la memoria de su misión libertadora, echándose literalmente al monte. Tras una persecución por parte de los soldados de Munuza, Pelayo se refugia en una asamblea (de asturianos o godos, según la versión), que le escoge como príncipe (*principem*). Apenas se rebelan los seguidores de Pelayo comienza el asedio del ejército de Alkama con el obispo Oppa al frente. Este último intenta convencer a Pelayo de que se rinda pero el sublevado se muestra impermeable a los argumentos y amenazas del obispo traidor. A continuación se produce la batalla de Covadonga en la que Dios acaba con los musulmanes, tras lo cual Pelayo y los suyos rematan a la retaguardia enemiga y, como no podía ser de otra forma, a Munuza. Finalmente, Pelayo devuelve la libertad (*reddita est libertas*) y restaura (*restauratur*) un nuevo reino feliz identificado con los asturianos y con los cristianos¹⁵.

En principio, esta estructura puede parecer lineal pero, a mi modo de ver, no lo es. En primer lugar, el motivo original –la *Pérdida de España*– sólo se corresponde con el personaje de Pelayo y sólo al final encuentra un punto discursivo que corresponde al suyo. Por otro lado, encontramos el tema de Munuza y la hermana de Pelayo, préstamo de una leyenda anterior, y que supone una vuelta atrás en la acción al contradecirse la motivación inicial de Pelayo. Este último elemento también contradice el principio de progresividad que parece existir en el fondo del discurso. La situación inicial, la *Pérdida de España*, es la peor de las situaciones previas y, sin embargo, el destinador de la obra encuentra aquí un elemento o trama secundaria que agrava más la tensión dramática: Munuza se enamora de la hermana del héroe y la desposa. La cuestión aquí no es oponer una “motivación legítima” a otra “sórdida”, sino más bien averiguar cómo afecta esto a la presunta progresividad del relato¹⁶. Obviamente

¹⁴ Para lo referente al relato de la *Pérdida de España* en las crónicas asturianas remito al estudio de MARTIN, Georges. “Un récit: la chute du royaume wisigothique d’Espagne dans l’historiographie chrétienne des VIII^e et IX^e siècles”. En *Histoires de l’Espagne médiévale. Historiographie, geste, romancero*. Paris, 1997, pp. 11-42.

¹⁵ Véase, al respecto, DACOSTA, *ob. cit.*, pp. 129ss.

¹⁶ Las expresiones entrecomilladas corresponden a GIL FERNÁNDEZ, *ob. cit.*, p. 67.

como epopeya que es, el relato pelagiano culmina con la redención del héroe y la venganza simbólica frente al contexto opresivo de origen. En este sentido podría plantearse la hipótesis de que las últimas frases del relato, las referidas a la *restauratio* constituyen el punto final de un círculo temático-temporal. Sin embargo, no creo que sea el esquema circular el que define la noción de tiempo en la epopeya, como tampoco parece serlo la meramente lineal, siendo estos dos esquemas en la época de composición de las crónicas asturianas los dos precedentes provenientes, respectivamente, del mundo clásico y de la patrística latina¹⁷.

De hecho, la progresividad final del relato se produce en un encadenamiento de elementos simétricos, de una forma análoga a como se conforma el personaje de Pelayo a través de la antítesis¹⁸. Es decir, cada fragmento narrativo encuentra su simétrico y, por tanto, su respuesta en otro, siendo esto especialmente significativo en el caso del fragmento inicial con respecto al final. Así, a la *Pérdida de España* (a) le corresponde la *restauratio* asturiana (h); y a la persecución inicial a la que se ve sometido Pelayo (b), la venganza que se toma sobre Munuza (g). Pero hay más: a la declaración de rebeldía del héroe (c), le corresponde la respuesta organizada de los musulmanes (d); y, por último, la batalla dialéctica entre Pelayo y Oppa (e) tiene su simétrico en la batalla mística de Covadonga (f).

No obstante, ¿se corresponde este esquema de tiempo simétrico con la estructura cronológico-lineal propia de las nóminas regias? Mi hipótesis al respecto es que parece posible entender que la noción temporal simétrica se da también allí. Por otro lado, no sería lógico que los destinadores del relato pelagiano, los mismos que los de la nómina regia, emplearan distintas nociones del tiempo narrativo según qué parte de su discurso global. De hecho, la sucesión de los reyes asturleonés desde Pelayo hasta Alfonso III no es progresivo-lineal. Las discontinuidades son evidentes y se centran en algunos personajes regios especialmente maltratados por los cronistas. Otros reyes, por el contrario, pasan sin pena ni gloria por la nómina, como es el caso de Favila. Si bien es cierto que el relato de Pelayo es de naturaleza épica y que el conjunto de las crónicas tiene un valor más historiográfico que legendario, la coincidencia de la naturaleza del tiempo en ambos discursos es notable, por cuanto aquél tampoco es circular (algo sobradamente evidente en la linealidad de la nómina regia). La cuestión, por tanto, debe estar en saber si la simetría afecta de igual forma al relato

¹⁷ Aunque clásico, sigue siendo imprescindible el estudio de LE GOFF, Jacques. *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Barcelona, 1991. Sobre la sensibilidad de los primeros historiadores hispanos respecto del tiempo histórico, véase GALÁN SÁNCHEZ, Pedro Juan. *El género historiográfico de la Chronica. Las crónicas hispanas de época visigoda*. Cáceres, 1994, pp. 15-40. Para una visión más amplia de la concepción del tiempo en la historiografía europea y asiática, véanse las aportaciones coordinadas por los profesores MIYAKE y GIEYSZTOR en el XVII Congreso Internacional de Ciencias Históricas. Madrid, 1990, vol. 1, pp. 123-172.

¹⁸ Acerca de la construcción antitética del héroe pelagiano, véase DACOSTA, Arsenio. "Notas sobre las crónicas ovetenses del siglo IX: Pelayo y el sistema sucesorio en el caudillaje asturiano". *Studia Historica. Historia Medieval*, 1992, vol. 10, pp. 17-19 y, del mismo autor, "¡Pelayo vive! Un arquetipo...", pp. 119ss.

pelagiano y a la nómina regia, o si por el contrario existe alguna diferencia significativa a este respecto. En efecto, los diferentes enfoques y materiales manejados en ambas narraciones ponen de manifiesto que la simetría en la nómina regia no es tan perfecta en su estructura narrativa como la que acabamos de ver para la epopeya¹⁹. Sin embargo, en un nivel más profundo del discurso, la simetría aparece de forma nítida. Empecemos por considerar el relato pelagiano en conjunto como un relato de origen –o un origen simbólico– de la monarquía asturleonés²⁰. Si, además, entendemos ésta como la culminación del proceso iniciado con Pelayo, el principio de simetría parece cumplirse y, de hecho, lo hace en diversos niveles (histórico-legendario, político, genealógico). El reinado de Alfonso III, final de la nómina regia, es en consecuencia el reflejo del origen dinástico, esto es, el relato de Pelayo. Alfonso III y Pelayo mantienen una relación dialéctica en el discurso global de las crónicas asturianas, todo lo cual nos lleva a una interesante consecuencia acerca de la coherencia simétrica de su discurso, pero también a la permeabilidad de las fronteras entre destinador, texto y destinatario²¹.

2.2. *Perspectiva “sincrónica”*

Como decía, la hipótesis de partida de este trabajo es considerar a Pelayo, personaje nuclear del relato, como un arquetipo político²². En este sentido, no es difícil apreciar su naturaleza como símbolo y, como tal, su verdadero carácter de elemento identificador. Así, el sistema de valores producido en y por la corte de Alfonso III *el Magno* a finales del siglo IX es un contexto discursivo a través del cual podemos definir a los destinatarios de dicha función integradora. El tipo de análisis que voy a utilizar reconozco que no es excluyente y que esta taxonomía podría subdividirse o plantearse de formas bien diferentes aunque igualmente válidas. Dado lo problemático de la caracterización actual de la noción de “sujeto textual”, simplifico el concepto refiriéndolo a la naturaleza plural o simple del receptor, eso sí, advirtiendo que en este caso no existen fronteras entre destinador y destinatario; o dicho de otro modo, existe una fuerte identificación entre ambos sujetos como consecuencia de los objetivos que presumimos en el destinador quien, en último extremo, es Alfonso III primer monarca cristiano de relevancia tras la conquista islámica²³. Igualmente he dejado de lado, de

¹⁹ A este respecto remito al modelo de análisis de la lógica temporal en los relatos legendarios castellanos desarrollado por MARTIN, Georges. “Temporalités (trois logiques temporelles du récit historique médiéval)”. En *Histoires de l’Espagne médiévale. Historiographie, geste, romancero*. Paris, 1997, pp. 57-68.

²⁰ DACOSTA, “E por otra manera dise la Historia...”, pp. 33-50.

²¹ LOZANO, Jorge y otros. *Análisis del discurso. Hacia una semiótica de la interacción textual*. Madrid, 1993, p. 147.

²² DACOSTA, “¡Pelayo Vive! Un arquetipo...”, pp. 89-135.

²³ Para la definición de “sujeto textual” remito a LOZANO, *Análisis del discurso...*, p. 113.

momento, aquellos receptores o destinatarios del relato que no son coetáneos a la génesis del mismo (esto es, de fines del siglo IX), por cuanto la plenitud del discurso en su nivel simbólico y social sólo se alcanza plenamente en ellos²⁴.

Los dos grandes tipos de destinatarios que proponemos, en función de una perspectiva política, son los que llamaremos singulares y plurales. Entre los primeros, nos encontraríamos al conjunto de individuos que poblaban el Reino asturleonés susceptibles de recibir el presente discurso y asimilarlo de forma más o menos completa. En este sentido, cabe pensar que los *magnati palatii* fueron los principales receptores del relato pelagiano, pero no cabe desdeñar otros grupos sociales, como el de los habitantes de ese burgo incipiente que es Oviedo o como los clérigos. Entre estos últimos cabe contar con no pocos emigrados del sur peninsular. El segundo destinatario singular es el conjunto de individuos –no necesariamente homogéneo social y geográficamente– de origen mozárabe bajo soberanía de Alfonso III. Este sector de la población ha estado constantemente revalorizado por la historiografía sin que hoy, dadas las carencias de información, pueda llegarse a una conclusión definitiva sobre su impacto numérico y social al norte del río Cuero. Lo que sí se ha confirmado con cada estudio es la importante presencia de gentes de este origen en el desarrollo político, religioso y cultural del Reino asturleonés²⁵.

Estos destinatarios, bajo otro prisma, se constituyen en destinatarios plurales (de ahí mi advertencia sobre lo permeable de la taxonomía propuesta). El principal destinatario plural es, sin duda, el propio Reino asturleonés, entendido éste como una comunidad política en la que se integran todo tipo de individuos bajo unas específicas –aunque heterogéneas– relaciones sociales mediatizadas por un poder político. Este poder, de naturaleza incipiente, es el destinador último –filtros aparte– del discurso que aquí analizamos. Sin embargo, no es ésta la única dimensión del destinatario plural, puesto que dicho reino tenía una dimensión social que ya hemos esbozado esquemáticamente²⁶. Junto a esta dimensión meramente social, podemos encontrar otra esencialmente unida a ella pero analíticamente diferenciable: una dimensión étnica. Bajo la primera se entienden las relaciones socioeconómicas vertebradoras de dicha sociedad mientras que, bajo la segunda, aparece un nuevo factor de diferenciación social que no se manifiesta con tanta intensidad en otros núcleos cristianos del norte peninsular. Así, el mensaje dirigido a estos destinatarios como sujetos colectivos no sería otro que el de integrar social y étnicamente el reino. Pelayo se yergue

²⁴ MARTIN, *Les juges de Castille...*, p. 15. Esto no significa que deba despreciarse la evolución ulterior del relato, sino que el arquetipo pelagiano y su relato van cambiando de significación a lo largo de la Edad Media reinterpretándose en contextos diferentes que no interesa analizar en el presente trabajo.

²⁵ Sobre la influencia de la cultura mozárabe en los reinos cristianos, véase DÍAZ Y DÍAZ, Manuel C. “La historiografía hispana desde la invasión árabe hasta el año 1000”. En *De Isidoro al siglo XI...*, pp. 212-216.

²⁶ Un análisis de conjunto sobre la evolución social en los orígenes del Reino asturleonés en MINGUEZ, José María. “Sociedad esclavista y sociedad gentilicia en la formación del feudalismo asturleonés”. En *“Romanización” y “Reconquista” en la Península Ibérica: nuevas perspectivas*. Salamanca, 1998, pp. 283-302.

por tanto como rey y noble, como asturiano y como godo, como laico y como héroe pío²⁷. Personaje ambivalente y, hasta cierto punto, símbolo abierto.

Junto a esta primera hipótesis dentro de lo que denominaremos “análisis sincrónico” del relato, vamos a plantear otra paralela que afecta igualmente al personaje principal del mismo. Se trata de describir los elementos que, dentro de dicho relato, enmarcan al protagonista. En primer lugar, cabe destacar el medio físico, la geografía por la que se mueve nuestro personaje. Este medio se corresponde, en otro nivel, con la secuencia narrativa por cuanto su origen (Pelayo y su hermana huyendo hacia Asturias) es el “origen del origen”, esto es, con un estado de opresión previa que contextualiza a nuestro héroe en la aventura²⁸. Obviando, de momento, este punto de vista hay que decir que, aparte de la identificación esencial con el transcurso del tiempo narrativo, la geografía sobre la que se mueve Pelayo es una geografía errática. Umberto Eco, en un delicioso estudio, hallaba una suerte de “geografía imperfecta” en la primera aventura de otro héroe, éste meramente imaginario: Corto Maltés. Eco, tras revelar las incongruencias aparentes del relato a este respecto, llegaba a la conclusión de que las mismas no eran tales, sino que obedecían a una red de relaciones de predestinación entre los personajes²⁹. El efecto metafórico acerca del pasado, del futuro y de la identidad personal, encuentra un curioso paralelo en la geografía pelagiana. Todo confluye hacia Pelayo, se dispara hacia atrás (sus ascendientes, la *Pérdida de España* como origen de su epopeya) y hacia el devenir (sus descendientes, su dinastía culminada en Alfonso III). Como en el texto de Hugo Pratt, la geografía del relato pelagiano es una “geografía imperfecta” (una asamblea al aire libre, un río hagiográfico que es el Ródano, una montaña con ventanas), y en su mayor parte inexistente (los personajes se mueven sobre un escenario inconcreto la mayor parte del tiempo). La geografía imaginaria e imperfecta del relato pelagiano define al héroe: lo enmarca sí, pero, sobre todo, hace abocar al resto de las figuras del mismo hacia él. Pelayo se convierte a su vez en un objeto geográfico hacia donde convergen todas las miradas y acciones tanto de los personajes como de los destinatarios del discurso. Pelayo atrae hacia sí al ejército de Alkama y sirve de liebre a sus primeros perseguidores islámicos. Pero, ante todo, el héroe consigue que el foco de interés sea desplazado desde un incierto Sur recién conquistado hasta la brumosa Asturias.

Además del escenario, el héroe viene definido por sus enemigos³⁰. Como hemos visto, éstos le siguen por toda su “geografía imperfecta”, pero, además, tienen un

²⁷ DACOSTA, “¡Pelayo Vive! Un arquetipo...”, pp. 129ss.

²⁸ DACOSTA, “E por otra manera dise la Historia...”, pp. 36ss.

²⁹ ECO, Umberto. “Corto Maltés o la geografía imperfecta”. En PRATT, Hugo. *La balada del Mar Salado*. Barcelona, 1992.

³⁰ Georges BALANDIER ha señalado la relación entre extranjero y “agente del mal”, relación que no es difícil establecer aquí también (*El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*. Barcelona, 1994, p. 80). Sin embargo, la imagen del “extranjero” no es necesariamente negativa en la literatura medieval europea. No en vano, Pelayo es un “héroe extranjero”, con características muy similares a las del Jaun Zuria del relato de los orígenes del señorío de Vizcaya (DACOSTA, “E por otra manera dise la Historia...”, pp. 38-40).

carácter atemporal –lo mismo que su linaje–, apareciendo tanto antes como después de que se desarrolle la acción. Estas dos dimensiones espacio-temporales enmarcan al Otro pelagiano, pero interesa más definir en quiénes se centra este fragmento discursivo. En primer lugar está el sarraceno, identificado con la masa invasora o con personajes destacados de la misma, esto es, reducciones simbólicas de dicho personaje colectivo y arquetípico durante toda la Edad Media³¹. Munuza, gobernador de Gijón, y Alkama, general perseguidor, son los principales correlatos individuales de la masa agarena y en ellos se tiende a concentrar la carga dramática del relato. Munuza, esposo de la hermana de Pelayo en contra de los deseos de éste, constituye el foco de lo que se ha descrito antes como la “motivación sórdida” de Pelayo. Conviene aclarar que dicha “motivación” no constituye un elemento cognitivo o desiderativo del actor literario, sino una parte del proceso narrativo, del sistema de intercambios y programas de acción del relato³². Con la inclusión de la apenas esbozada historia de amor entre Munuza y la hermana de Pelayo, el destinador o destinadores de la obra discurren un efecto no tanto de “verismo” (esfuerzo por aunar poesía e historia), como de “verosimilismo” (renuncia a la verdadera historia y recreación de una propia con caracteres verosímiles)³³. Tanto Munuza como Pelayo, independientemente de su dimensión histórica, son productos del verosimilismo dramático del relato; hecho que, al contrario de lo que pudiera parecer, da sentido y coherencia interna al mismo³⁴. El otro enemigo sarraceno que aparece singularizado en las crónicas, Alkama, no dispone de un papel como el de Munuza pero sí nos remite a otro nivel del discurso donde Pelayo se nos presenta en su plenitud simbólica, solitario con apenas un puñado de hombres frente a las imposibles huestes del ejército musulmán³⁵. En cualquier caso, el valor de ambos personajes es caracterizar a Pelayo, definir sus valores y elementos como símbolo a través de la oposición de hechos y palabras. Frente a la actitud ladina de Munuza, Pelayo se nos presenta como un ser noble y honrado. Frente a la lujuria del mismo (carácter sobre el que volveremos), Pelayo es un ser prácticamente asexuado. Frente al poder militar de Alkama, la fuerza de Pelayo es paradójicamente superior por cuanto en él radica la verdad mística.

³¹ Una visión general del problema en FONTANA LÁZARO, Josep. *Europa ante el espejo*. Barcelona, 1994, pp. 56-63. Los estudios de referencia para la imagen del sarraceno son: SÉNAC, Philippe. *L'image de l'autre. Histoire de l'Occident médiéval face à l'Islam*. Paris, 1983; BARKAI, Ron. *Cristianos y musulmanes en la España medieval (El enemigo en el espejo)*. Madrid, 1984; y BENITO RUANO, Eloy. *De la Alteridad en la Historia*. Madrid, 1985.

³² LOZANO, *Análisis del discurso...*, p. 250.

³³ MENÉNDEZ PIDAL, Ramón. *La épica medieval española. Desde sus orígenes hasta su disolución en el Romancero* (Ed. póstuma a cargo de Diego Catalán y María del Mar de Bustos). Madrid, 1992, pp. 179ss.

³⁴ CARO BAROJA, Julio. “Sobre la importancia de la mentira en las ciencias históricas”. En *El mito del carácter nacional. Meditaciones a contrapelo*. Madrid, 1970, p. 47.

³⁵ La exageración en la cifra de combatientes es una constante en la cronística del periodo con una intención poco inocente según ha demostrado ALVIRA CABRER, Martín. “La muerte del enemigo en el pleno Medievo: cifras e ideología (El modelo de las Navas de Tolosa)”. *Hispania*, 1995, vol. 190, pp. 403-423.

Es importante insistir en que la construcción del arquetipo pelagiano recorre transversalmente los distintos niveles narrativos del relato, como estos ejemplos demuestran. El de la lujuria es otro de los elementos que afectan a la dicotomía Munuza/Pelayo y que encuentra su más franco desarrollo en la caracterización de un grupo de personajes que aquí denominaremos “vitizanos”. Los “vitizanos” no son otros que los miembros de la familia de Vitiza o Witiza, penúltimo rey visigodo, que adquieren en el relato una importancia singular, mayor de la que cabría esperar. El polígrafo portugués Alexandre Herculano, en una novela que recreaba estos momentos históricos, valoraba especialmente la interconexión entre el pasado histórico-legendario previo a la invasión y el desarrollo ulterior de los primeros momentos de la “Reconquista”³⁶. Sin embargo, un sector de la actual historiografía —entre los que podría incluirme— tiende a minimizar o a negar abiertamente la existencia de dicho *continuum* histórico³⁷. Problemas historiográficos aparte, lo importante de este entrelazado con Vitiza vuelve a ser la plasmación de ciertos caracteres de éste (y sus descendientes como apéndices o reflejos del mismo) con el fin de singularizar a Pelayo y, en especial, sus virtudes heroicas. Los autores de las crónicas asturianas recogen aquí una tradición anterior en la que Vitiza aparece como traidor y causante de la *Pérdida de España*, y en la que se vincula a este hecho la lujuria de dicho rey como fenómeno de causa y efecto. Este importante segmento narrativo constituía entre los mozárabes de los siglos VIII a X un elemento de confrontación política entre sus distintas facciones, produciéndose un curioso efecto de mimesis entre la figura de Vitiza y la de su enemigo y sucesor, don Rodrigo. Así, cada facción mozárabe cargaba idénticas tintas —en las que la lujuria ocupa un papel destacado— sobre uno u otro en función de sus intereses³⁸. Esta leyenda de la *Pérdida de España* con el fondo temático de la lujuria regia como causalidad dramática, es un elemento propio del “origen del origen” de Pelayo, presente en todo el relato. Esto último viene demostrado por el hecho de que frente a la lujuria del rey visigodo (Vitiza principalmente), Pelayo se nos presenta como un ser virtuoso, pero no de forma explícita. Es a fuerza de repetir este enunciado asertivo (“Vitiza era (es) un rey lujurioso”) a través del cual el destinatario traslada sus efectos invertidos a Pelayo y provoca, en resumen, una identificación entre ambos y el reforzamiento de la impresión de veracidad³⁹.

Si Vitiza es el paradigma de traidor e impío por excelencia (en una directa identificación entre delito y pecado), sus epígonos, los “vitizanos”, disfrutaban de los mismos

³⁶ HERCULANO, Alexandre. *Eurico o presbítero* (Ed. Carlos Reis). Lisboa, 1994.

³⁷ Todos los trabajos sobre el tema suelen ocupar algunas páginas en describir el estado de la cuestión, trascendental entre los historiadores por cuanto en él se resumen dos posiciones historiográficas antagónicas. Una breve aproximación en DACOSTA, “Notas sobre las crónicas ovetenses del siglo IX...”, pp. 9-13. Con matices diferentes véanse las consideraciones de MONTENEGRO, Julia y CASTILLO, Arcadio del. “Análisis crítico de algunos aspectos de la historiografía del Reino de Asturias”. *Hispania*, 1994, vol. 54, pp. 397-420.

³⁸ MENÉNDEZ PIDAL, *ob. cit.*, pp. 298-299.

³⁹ LOZANO, *ob. cit.*, pp. 60-62.

vicios. Pese a que existen testimonios suficientes de la época para hablar de un grupo de personajes bajo este nombre, en el relato pelagiano del siglo IX, sus caracteres se concentran en un hijo de Vitiza, el obispo Oppa, quien acaba por reflejar y significar la esencia negativa de Vitiza, aunque corregida y aumentada. Como he venido defendiendo, Oppa es una versión inversa de Pelayo en la que este último se construye dialécticamente con respecto al primero. Efectivamente, vamos asistiendo a la definición progresiva de Pelayo, un personaje inicialmente sin matices, un referente flexible y abierto en el que el destinatario va construyendo su propia imagen a través de un antagonismo semántico progresivo⁴⁰. Oppa, obispo metropolitano, acompaña a los musulmanes e intenta convencer a Pelayo de que se rinda. Pero Oppa aquí no sólo es traidor, colaboracionista, impío o simoníaco; frente a Pelayo el obispo es, además, ignorante. Este elemento, concentrado en el famoso pasaje previo a la batalla de Covadonga (tomado del bíblico del monte Horeb), me va a servir para definir un último elemento de este análisis “sincrónico”; el último elemento que define a Pelayo, aquí sí, de forma positiva⁴¹.

Me refiero a las palabras y las acciones de Pelayo en el relato, entendidas las últimas también como enunciación, esto es, como discurso dentro del discurso. Sobre las acciones ya he avanzado bastante y después trataré de ver algo más. Por no caer en una redundancia, sólo he de decir que las acciones de Pelayo (huidas, pactos, parlamentos) son el aspecto menos coherente de todo el relato, al menos en el nivel que aquí estamos analizando. Como trataré de demostrar, estas contradicciones aparentes tienen un origen formal en la intertextualidad del relato y un sentido profundo en el establecimiento de una idea peculiar del tiempo —que luego veremos— y, también, en la naturaleza abierta del personaje pelagiano que antes indicaba. Por el contrario, las palabras de Pelayo son el elemento más cerrado de todo el discurso, en gran medida por estar tomadas con literalidad de fragmentos hagiográficos anteriores⁴². Efectivamente, la disputa entre Oppa y Pelayo es otro de los signos referenciales en los que el destinatario actual no siempre encontrará significado, aunque para el destinatario

⁴⁰ En este sentido quiero advertir que el uso de “símbolo abierto” no es el mismo que el empleado por el profesor Alaminos en referencia a nuestro héroe. Dicho autor ha hablado de don Rodrigo como “mito de apertura” y de Pelayo como “mito de cierre” refiriéndose al efecto provocado por dichos mitos frente a la amenaza islámica y a las contradicciones sociales de la sociedad cristiana peninsular (conferencia y discusión sostenidas en el VII Congreso Internacional de la Asociación Española de Semiótica “Mitos”, celebrado en Zaragoza del 4 al 9 de noviembre de 1996). Sin restar valor a esta interesante propuesta, la mía trata de valorar más la conexión íntima entre mensaje y receptor, y, en especial, la dialéctica entre ambos.

⁴¹ Sobre el carácter legendario de la batalla de Covadonga, véase MORALEJO LASO, Abelardo. “Batallas de Covadonga y Delfos. Algunas coincidencias histórico-maravillosas”. En *Estudios en homenaje a don Claudio Sánchez-Albornoz en sus 90 años. I. Anexos de Cuadernos de Historia de España*. Buenos Aires, 1983, pp. 427-436.

⁴² A este respecto, véanse las notas de José Luis MORALEJO y Juan GIL en su edición de las Crónicas Asturianas.

altomedieval y, sobre todo, para el destinatario del texto, tuvieran una fuerte carga simbólica. No quiero insistir aquí sobre la intertextualidad de las crónicas y las técnicas literarias empleadas en las mismas ya que, según afirmé en otro trabajo, implican un proceso de santificación al que es sometido Pelayo como consecuencia de las numerosísimas citas hagiográficas que jalonan su relato⁴³. Por otra parte, este aspecto de la construcción del relato como narración histórica ha sido estudiado desde diferentes campos⁴⁴. Entre ellos, destacan las apreciaciones de Hayden White respecto de la narración histórica entendida como relación irreal pero válida en la vida real del destinatario; dicho de otro modo, en la compleja relación entre lo verdadero y lo falso, entre lo real y lo imaginario⁴⁵. Desde la perspectiva que estamos abordando, lo de menos es el modelo de este discurso o el cambio semántico de su contexto; el contenido del mismo nos sirve para definir mejor a Pelayo, tanto por oposición a Oppa como por el significado transfrástico del discurso dirigido a éste. Las doctas palabras de Pelayo ponen en entredicho la caridad y la sabiduría de Oppa, agravando la caracterización negativa del obispo. Este elemento nos remite de nuevo a un escenario simbólico, de naturaleza milenarista, en el que la evidente incongruencia se transforma en un elemento más de la cohesión del relato. Pelayo argumenta, pero ante todo es portavoz de una verdad suprema. Pelayo es un útil de dicha verdad, es el instrumento de una predestinación que en la batalla de Covadonga se revela de forma explícita: es Dios quien vence y masacra a los musulmanes mientras Pelayo asiste como espectador al desarrollo de la acción divina.

Es posible concluir que la construcción del personaje de Pelayo se realiza tanto a través su descripción explícita como mediante la definición de escenarios (geografía, palabras) y de opuestos (los Otros). Como queda de manifiesto, Pelayo es un campo abierto de significación, susceptible de recibir nuevos significados y nuevas matizaciones, todo lo cual hace aún más valioso el personaje en el contexto de la conformación del Reino asturleonés.

3. REFLEXIÓN FINAL: SÍMBOLOS, TIEMPO HISTÓRICO Y MILENARISMO POLÍTICO

Vistos los dos niveles del análisis que aquí me había propuesto, sólo me queda recapitular acerca de la naturaleza del símbolo pelagiano, del valor del tiempo histórico en las crónicas asturianas y del milenarismo político de Alfonso III.

Pelayo, como acabo de defender, es un símbolo abierto a identificaciones y significaciones diversas. He planteado cómo Pelayo se identifica con el destinatario y a

⁴³ DACOSTA, "¡Pelayo Vive! Un arquetipo...", pp. 121-123.

⁴⁴ MARTÍNEZ ARNALDOS, Manuel. "La ficción como narración histórica". En *Homenaje al profesor Juan Torres Fontes*. Murcia, 1987, tomo 2, pp. 975-986.

⁴⁵ WHITE, Hayden. *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona, 1992, pp. 12 y 74.

la vez destinador principal de las crónicas asturianas, Alfonso III. La imagen de Pelayo como rey adquiere para Alfonso III un valor referencial en lo político, lo genealógico y lo simbólico. También existe un fenómeno similar entre la imagen del Pelayo resistente y los clérigos de origen mozárabe emigrados a Asturias, ya que Pelayo aparece como arquetipo opuesto al del cristiano colaboracionista con el poder islámico. A diferencia del caso anterior, la motivación aquí no es poblar el pasado, sino mitigar un efecto presente: el desarraigo. La aristocracia asturiana pudo también verse reflejada en la imagen del Pelayo como noble, un “godo” (noción que adquirirá en el siglo XVI una total equivalencia con la de “noble”), que a través de su esfuerzo y sacrificio personal consigue triunfar frente al mal (epopeya). Este significado coincide plenamente con las características de una aristocracia que no se define aún por el privilegio jurídicamente sancionado —la nobleza— sino por una circunstancia *de facto*, esto es, la detentación del poder y, en el mejor de los casos, la delegación de atribuciones públicas. Sin embargo, Pelayo inaugura el concepto de sangre noble dotando a la dinastía reinante de un primer elemento hacia la autoconciencia genealógica que, en buena lógica, tuvo que tener su correlato entre la aristocracia. Por último, aparece la imagen metafórica de Pelayo como pueblo, el símbolo de la resistencia al Islam y de la propia concepción étnico-política propiciada por Alfonso III. Más difícil es, sin embargo, definir la dialéctica simbólica entre Pelayo y los autores materiales de las crónicas. La dificultad estriba en el hecho de que éstos se constituyen en individualidades difícilmente aprehensibles. Además, es inútil tratar de discernir en la pluma de los cronistas la motivación personal de los objetivos de la corte ovetense.

En cualquier caso, Pelayo es la metáfora del principio en Asturias al tiempo que significa el final de un proceso histórico anterior. Referencias culturales aparte, haciendo godos a Pelayo, los cronistas están tendiendo un puente hacia el pasado a través de la noción implícita de virtud política. Este esquema narrativo-temporal se repite a lo largo de las crónicas estableciendo un curioso encadenamiento entre fin y principio. Algunos de los recorridos narrativos que contiene (el epítome de los emperadores romanos, por ejemplo) tienen una estructura cerrada y lineal; sin embargo en otros el final permanece abierto. Lo más corriente es que se encadenen las acciones en una sucesión más o menos homogénea. A mi modo de ver, todo ello remite finalmente a un peculiar esquema que podría resumirse en la noción simétrica del tiempo, tautológica por cuanto repite un mismo argumento, aunque éste cambie su lugar en el siguiente segmento narrativo: *principio (fin)—fin (principio)*.

Así, encontramos que la noción de tiempo histórico se mueve dentro de unos parámetros muy semejantes a los que vimos para el tiempo narrativo. Esto, que parece lógico dentro de la coherencia textual, tiene una causa en la propia naturaleza de las crónicas, por cuanto éstas son una obra historiográfica donde el tiempo es el hilo conductor de la acción. Por otro lado, sería interesante averiguar si esta noción simétrica del tiempo tiene una correspondencia profunda con las estructuras de la sociedad asturleonera o si, por el contrario, son totalmente independientes. La pregunta no es baladí por cuanto entre algunos pueblos mal llamados “primitivos” estas correspondencia

existen. El caso de los nómadas del antiguo Sáhara español es especialmente significativo, por cuanto sus costumbres bélicas —el *gazi*— se corresponden con sus estructuras trashumantes y con su concepción genealógica bajo un mismo esquema espacio-temporal reflexivo⁴⁶.

Lo que llevo escrito podría bastar para mi propósito de singularizar la naturaleza del tiempo histórico en las crónicas asturianas; sin embargo, creo que es posible afinar más gracias a un texto secundario que aparece en las mismas llamado tradicionalmente *Crónica Profética*. Escrito posiblemente por un clérigo mozárabe en Asturias en la primavera del año 883, este breve texto profetiza el triunfo total de “princeps noster gloriosus dominus Adefonsus” (Alfonso III) sobre los musulmanes para finales de ese mismo año. Lo peculiar del texto no es este cálculo fallido, sino la profecía que en él se describe. Tomando otra de Ezequiel, reinterpretada en el *Apocalipsis* de san Juan, la *Profética* recupera las viejas figuras de los enemigos apocalípticos Gog y Magog. Esta técnica es absolutamente corriente en la alta Edad Media, lo mismo que la creación de variantes de los textos bíblicos con fines propios, por lo que no voy a insistir sobre ello⁴⁷. Esto último ocurre igualmente en nuestro caso donde la *Crónica Profética* transforma a los enemigos del Final de los Tiempos en una metáfora de la *Pérdida de España*: Gog serían los godos vencidos por los musulmanes, mientras que Magog personalizaría a los asturianos como *Gog y más (Gog et magis)* en una clásica interpretación etimologista⁴⁸. En consecuencia, el radical cambio semántico que se opera en la *Crónica Profética* abandona su carácter escatológico por uno abiertamente político bajo la llamada a la guerra santa contra los musulmanes planteada, eso sí, bajo la vieja fórmula de la revancha. Así, Gog y Magog, enemigos apocalípticos por excelencia, remiten a un final sin dimensión escatológica por cuanto la hecatombe sólo afectará a los enemigos de los asturianos y no a toda la Humanidad. Por otro lado, el advenimiento del final presuntamente apocalíptico no coincide con el reino divino, sino con el contemporáneo de Alfonso III, sin que éste reciba un especial carácter mesiánico. Sin embargo, el milenarismo del texto es evidente por cuanto existe un símbolo temporal de esta naturaleza, el Fin, al tiempo que bajo él se camufla un proyecto político tremendamente prosaico, el de Alfonso III. Un estudio clásico de Juan Aranzadi revelaba esta realidad en el fondo de otro milenarismo en el que

⁴⁶ CARO BAROJA, Julio. *Estudios Saharianos*. Madrid, 1955.

⁴⁷ Estos aspectos han sido puestos de manifiesto por Isabel LAS HERAS con respecto a la *Chronica Adefonsi Imperatoris* y creo que son extensibles para nuestro caso (“Temas y figuras bíblicas en el discurso político de la ‘Chronica Adefonsi Imperatoris’”. En GUGLIELMI, Nilda y RUCQUOI, Adeline (coords.). *El discurso político en la Edad Media. Le discours politique au Moyen Âge*. Buenos Aires, 1995, pp. 121-135). No obstante, el uso libre e interesado de los textos bíblicos ya ha sido destacado, entre otros, por SCHMITT, Jean-Claude. *Historia de la superstición*. Barcelona, 1992, pp. 16-17.

⁴⁸ Es evidente que el autor de la *Profética* desconoce la etimología real de “Magog”, término acadio que equivale a “país de Guigues” (Gog), lo cual no es extraño dada la confusión que impera al respecto entre distintos libros de la Biblia (*Herder Lexicon. Biblische Gestalten*. Freiburg im Breisgau, 1982, voz “Magog”).

los orígenes políticos se tendían a expresar de forma mítica⁴⁹. Con esta perspectiva volvemos de nuevo al problema del tiempo histórico a través de la definición del mito del “Reino Feliz de los Tiempos Finales”⁵⁰. Este mito está presente en las crónicas asturianas identificado con un reinado presente de felicidad política, el de Alfonso III, el *rey Magno*. Con respecto a esta expresión de felicidad y seguridad políticas, Hayden White encuentra dos manifestaciones narrativas: una, denominada “coherencia en blanco”, caracterizada por el silencio; y otra, la explicitada bajo formas enumerativas o discursivas⁵¹. En la *Profética* encontramos este optimismo político bajo un carácter milenarista, lo cual podría ser paradójico. Sin embargo, dicha paradoja no es tal cuando advertimos que dicho milenarismo viene definido –y a su vez define– la noción de tiempo histórico que antes proponía, esto es, una forma reflexiva en la que el fin (de los musulmanes) coincide con el renacer o principio (del reino cristiano). Una vez más pasado, presente y futuro se funden en una dialéctica compleja pero de fuerte carga simbólica, semejante a la que manifestaba el arquetipo pelagiano como reflejo y símbolo político y social.

Como conclusión sólo me queda recalcar que el relato de los orígenes de la monarquía asturleonense refleja el sistema de valores de la época en que se elaboran las crónicas y, en consecuencia, contribuye a afianzar dos siglos después la cohesión social del reino fundado por Pelayo. Dicho en palabras de Georges Balandier:

Las producciones de lo imaginario cobran forma, materialidad, en instituciones y prácticas; pero, al mismo tiempo, son procesadas en provecho del orden social y del poder que lo cuida⁵².

⁴⁹ ARANZADI, Juan. *Milenarismo vasco. Edad de Oro, etnia y nativismo*. Madrid, 1981.

⁵⁰ GARCÍA PELAYO, Manuel. “El Reino Feliz de los Tiempos Finales”. En *Mitos y símbolos políticos*. Madrid, 1964, pp. 9-68.

⁵¹ WHITE, *ob. cit.*, p. 26.

⁵² BALANDIER, *ob. cit.*, p. 52.